



Historia y Grafía

ISSN: 1405-0927

comiteeditorialhyg@gmail.com

Universidad Iberoamericana, Ciudad de
México
México

Moctezuma Franco, Abraham

El camino de la historia hacia su institucionalización

Historia y Grafía, núm. 25, 2005, pp. 45-78

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922832003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El camino de la historia hacia su institucionalización

ABRAHAM MOCTEZUMA FRANCO
BUAP/ICSH

RESUMEN

Este artículo centra su atención en el ambiente intelectual mexicano de los años cuarenta, el cual fue escenario de una disputa entre dos tendencias principales en la historiografía. Estas diferencias resultaron significativas y dieron vida a la articulación de uno de los movimientos culturales fundadores del México contemporáneo.

Durante la primera mitad del siglo xx, el panorama de la historiografía mexicana tuvo el signo de la oposición entre el cientificismo y el historicismo, disputa enmarcada en un amplio proceso de institucionalización de la cultura mexicana. Esta lucha de ideas fue protagonizada por dos elites culturales representantes de dos tipos de historiografías: una académica, defensora de la noción de imparcialidad, aunque celosa de sus privilegios, y otra que se presentó como “marginal” e intentó lograr cierta legitimidad a través de la crítica de la historiografía dominante.

Frente a la orientación dominante en los estudios históricos, denominada “tradicional” o cientificista, cuya metodología se regía por el afán de “objetividad” a ultranza, aparece el historicismo que plantea una manera más depurada de estudiar e interpretar los hechos históricos. Este hecho selló la configuración de la historiografía mexicana contemporánea. De ahí la pertinencia de su estudio.

This article is mainly about the intellectual mexican environment in the forties wich was scenery of a dispute between two main tendencies in the historiography. These differences were so significant that they originated a cultural movement which was one of the founders of the contemporary Mexico.

During the first half of the XX century, the panorama of the mexican historiography had the sign of the opposition between the Scientism and the historicism. This dispute had as a frame a long process of institutionalization of the mexican culture. This fight of ideas was starred by two cultural elites which represented two types of historiographies: one academic historiography that defended of the notios of impartiality, though jealous of her privilege, and another one that was presented as "marginal" and intended to get certain legitimacy through the critic about the dominant historiography.

Facing the dominant orientation in the historic studios, called "tradicional" or scientist which has a methodology based on the purpose of an extreme objetivity, it appears the historicism that offers a more purified way of the study and interpretation of the historic facts. This fact marked the configuration of the mexican contemporary historiography. From there the pertinence of its study.

INTRODUCCIÓN

El ambiente intelectual mexicano de los años cuarenta fue escenario de una disputa historiográfica que, indiscutiblemente, forma parte de los movimientos culturales fundadores del México contemporáneo. En este artículo se mostrará la forma en que los historiadores se insertaron en la sociedad a través de los medios de comunicación. Asimismo, cómo al calor de este proceso salieron a flote una serie de disputas y forcejeos en el terreno de la historia.

El periodo considerado para este propósito abarca desde finales de los años treinta hasta las postrimerías de los cuarenta. Dicha etapa es crucial, ya que en ella encuentra expresión un momento de "crisis" que experimentó nuestra historiografía en aras de una Revo-

lución institucionalizada y una sociedad en construcción. Además, se eligió tal época porque en ella aparecen los rasgos distintivos de una conciencia historiográfica —de corte historicista— que planteó un serio cuestionamiento a la forma dominante —cientificista— de hacer y formular la historia en el país.

Esta observación se hizo a la luz de la prensa escrita del periodo. Es ahí donde se localiza el registro de una primera “crítica” al *establishment* institucionalizado de la historia. La elaboración de la misma corrió a cargo de un selecto grupo de intelectuales que buscaban un lugar en el naciente medio académico de la disciplina. Esta disputa, que sólo cobró matices de polémica y no llegó a culminar en un “debate”, se reduce a la lucha entre la historiografía académica, con pretensiones de imparcialidad, aunque celosa de sus privilegios, y la “marginal”, es decir, la que intenta lograr cierta legitimidad por medio de la crítica a la historiografía dominante.

EL HORIZONTE HISTORIOGRÁFICO EN MÉXICO

A FINALES DE LOS TREINTA

El análisis obliga, en primera instancia, a situar la mirada en una década, la de los treinta. Esos años, hoy lejanos, delimitan una primera etapa o “momento fundacional” de la historiografía mexicana actual. Son años de profesionalización en el campo de la historia, que quedaron sellados al crearse instituciones dedicadas expresamente a formar historiadores.

Pero también son años de cambio para el ambiente intelectual mexicano. El paso hacia el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-1940) aparece atravesado por las tensiones entre un nuevo nacionalismo de cuño socialista y los restos del humanismo liberal de la generación del Ateneo. Ejemplo concreto de esa tensión es el debate que sostuvieron, en 1933 —durante el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos—, Antonio Caso, maestro de la vieja generación, y el joven Vicente Lombardo Toledano, entonces profesor de sociología en la Escuela Nacional Preparatoria San Ildefonso, en torno

al materialismo dialéctico.¹ México vivía entonces una época de fervor político e intelectual.

El 18 de julio de 1936, en otro escenario, el general Francisco Franco se levanta en armas con una facción del ejército español en contra del gobierno constituido de la República. Si el mundo entero reaccionó indignado ante tal abuso de poder contra el joven gobierno peninsular, en México en particular se produjo una identificación nacional colectiva para repudiarlo.

Son tiempos del cardenismo, el cual, como señala Monsiváis, despliega de modo valeroso las reivindicaciones del nacionalismo revolucionario. En este sentido, México se muestra genuinamente solidario con la República española. La guerra civil en ese país fue una batalla contra el comunismo. Justa batalla, de acuerdo con José Ortega y Gasset: “una batalla que el mundo no comprendió y Ortega se lo reprocha, especialmente a las democracias occidentales”.²

La emigración que origina la guerra civil de 1936-1939 es sin duda el éxodo forzoso de españoles más importante que se produce a lo largo de la historia. Esta emigración representa una secuela de singular trascendencia, pues no sólo va a tener una notable incidencia durante largo tiempo en la vida política española, sino que además va a afectar considerablemente las relaciones hispano-mexicanas en los años siguientes a la contienda e, incluso, durante decenios enteros. Es importante mencionar que algunas de las personas refugiadas en nuestro país contaban con una posición socio-política o socio-profesional que les permitió escapar de los estragos de la guerra y, al mismo tiempo, atenuar los rigores del exilio. Entre estas personas se encontraban figuras notables del campo de la historia y la filosofía: José Gaos, Ramón Iglesia, Eugenio Imaz, Xoaquín Xirau y Wenceslao Roces, por nombrar sólo a

¹ Rosa Krauze de Koltenuik, *La filosofía de Antonio Caso*, México, UNAM, 1992, pp. 20-6.

² Gregorio Morán, *El maestro en el exilio. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Madrid, Tusquets, 1998, p. 93.

algunos.³ Estos intelectuales eran producto de las universidades europeas; por tanto, contaban con un nivel de erudición, actualización y legitimidad del conocimiento histórico y filosófico que México aún no tenía.

No obstante, en este país ya habían germinado destacadas figuras de los ámbitos de la cultura y el pensamiento filosófico como Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos y Alfonso Reyes, entre otros, quienes se encontraban al día respecto a las principales corrientes de fabricación europea. En este sentido, la presencia de los intelectuales españoles vino a reforzar el horizonte cultural mexicano. A través de su labor de traducción del pensamiento moderno más relevante producido en Europa, encontraron un ambiente propicio para insertarse en la incipiente estructura institucional de la academia.

Su presencia en los círculos académicos mexicanos representó un estímulo para el desarrollo del análisis histórico. Pero si en México el horizonte de la historiografía institucionalizada aún estaba en construcción, en el viejo continente, desde finales de los años veinte y, sobre todo, en los treinta, ya tenían una presencia importante las bases de las corrientes más influyentes de la historiografía del siglo xx. Las principales tendencias habían surgido del diálogo con la teoría social, evidenciando además una reacción frente a lo que consideraban “vieja historia”. El primer movimiento historiográfico que reaccionó contra la herencia decimonónica surgió durante la Francia de entreguerras en torno a la revista *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, fundada por March Bloch y Lucien Febvre en 1929.⁴

Su aportación más revolucionaria fue el desarrollo de un nuevo objeto de estudio: el pueblo, la “masa social”. De hecho, uno de los

³ Clara E. Lidia, “Los historiadores españoles exiliados en México”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 532, 1995, p. 15.

⁴ Josep Fontana, *La historia de los hombres: el siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 25-48.

factores que fue minando la relevancia del viejo saber académico tuvo que ver con la aparición de las masas en la vida colectiva. Sólo en Francia, su hegemonía fue indiscutible, pues llegó a ser un verdadero grupo de presión. No obstante, su influencia y resonancia en otros ámbitos no se evidenció hasta los años cincuenta. En México, al parecer, entre los años treinta y cuarenta, los planteamientos de esta corriente historiográfica aún no encontraban eco.

La inquietud que se fue extendiendo por Europa en relación con el estudio de la “masa” tuvo como trasfondo no sólo el gran miedo lejano de la Revolución rusa, sino el cambio de actitud de los hombres: huelgas en Francia, paro general inglés, ocupaciones de fábricas en Italia, crecimiento del Partido Comunista en Alemania, etcétera. En 1929, Ortega y Gasset expresó la inquietud del conservadurismo europeo en *La rebelión de las masas*. El gran problema en ese momento en Europa era el advenimiento de las masas al pleno dominio social. Europa estaba sufriendo una de sus mayores crisis. La historiografía tradicional, que se ocupaba de los reyes y los dirigentes, y que sólo consideraba a las masas como factor perturbador en la “evolución” normal de las sociedades, no tenía nada que decir sobre estas cuestiones.⁵

Mientras en el viejo continente la reflexión se había desplazado hacia tendencias y corrientes con propuestas críticas en el terreno social, en México, a finales de los años treinta, la práctica de la historia estaba en crisis. Dominaba en este ámbito la conocida como “historia anticuaria” o de “coleccionistas”. Zerméño nos recuerda que “estas comunicaciones históricas tuvieron lugar en el espacio de una opinión pública anónima, que, en esencia, aspiraba a representar gráficamente al ‘pueblo’”.⁶

Este tipo de historia entró en “crisis” cuando la preocupación se desplazó hacia la búsqueda de un “método” que reanimara la espe-

⁵ *Idem.*

⁶ Guillermo Zerméño Padilla, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, p. 180.

ranza en el conocimiento “objetivo” del pasado. Esta “crisis” abrió el camino a la profesionalización de la historia. A la insatisfacción que había generado la historia de caudillos, mártires y líderes, el historiador mexicano Silvio Zavala le encontró un remedio que, si bien concordaba con las exigencias del periodo, a la postre terminó por afianzarse e imponerse en los programas y planes de estudio. Este momento se enlaza con la traducción de Ranke al español ya en la década de los cuarenta. La concepción Rankeiana de la historia reforzó el proceso de institucionalización y la forma que adoptó la disciplina histórica en México. Su profesionalización se identificó rápidamente con la recepción del método historiográfico seguido por el pensador alemán.⁷

Silvio Zavala fue el encargado de difundir dicho modelo científico en nuestro país. Lo aprendió durante su formación profesional en España, país en el que contó con las enseñanzas de uno de los más importantes historiadores españoles: Rafael Altamira y Crevea. Zavala regresó a México en 1937. Aquí, lejos de la España en guerra, buscó hacer de la historia una auténtica ciencia elaborada conforme a un orden metódico que disciplinara la imaginación. De acuerdo con esta idea, el trabajo de archivo desempeña un papel central y será el medio para validar la presentación de los documentos en apego irrestricto a la “verdad” de los hechos.

Pero, ¿a qué motivación responde esta crisis de las formas tradicionales de hacer historia? ¿Por qué la necesidad de establecer nuevas formas de producir verdad en este campo? ¿Cuáles son los intereses que se ocultan? En ese momento, el Estado mexicano empleaba a la mayor parte de los intelectuales. Era una etapa en que se delineaban las formas del sistema político, de la cultura “oficial” y, en consecuencia, de la generación y desarrollo del espacio de opinión pública que dictamina la militancia del escritor y el artista. Era un momento de posiciones y reocupaciones, de llenar aquellas posiciones dejadas vacantes por la quiebra del antiguo

⁷ *Idem.*

régimen. Era el momento de remplazar a los viejos intelectuales y en su lugar entronizar a los “oficiales”.

En este sentido, el Estado de la Revolución pone las condiciones para la participación de los intelectuales en la vida pública nacional. Al parecer, el nuevo régimen revolucionario y sus intelectuales comienzan la fabricación de un tipo de “crítica” presentada como culminación de un proceso histórico general. Por tanto, el Estado requiere, entre otros científicos sociales, de historiadores a fin de disponer de un retrato global de sí mismo, legitimado no sólo política o militarmente, sino también “científicamente”.⁸

De este modo, la aparición del saber histórico en la sociedad mexicana contemporánea aparece ligada a su articulación institucional, de la misma manera que la Revolución mexicana se convierte en el referente explicativo del surgimiento de las principales instituciones que se van a dedicar a la investigación histórica. De acuerdo con Zermeño, “estaríamos hablando de una revolución cultural en la que el mundo de los escritores y, en particular, el de la historiografía científico-profesional jugarán un papel preponderante”.⁹

Ese carácter institucional supone la instalación de espacios organizados para producir historiadores encargados de elaborar y preservar la memoria legítima de la “nación”. En este sentido, “una de las funciones de las instituciones académicas es asegurar la permanencia y continuidad de los saberes producidos mediante ciertas reglas de procedimiento”.¹⁰

Al parecer, en el armazón científico de la historiografía de corte rankeiano, quedó oculto un carácter político-ideológico-instrumental. Incorporar este modelo en suelo mexicano tuvo como propósito reconfigurar la “nación”, lo que presupone restaurar la

⁸ Guillermo Zermeño Padilla, “Crítica y crisis de la historiografía contemporánea”, *México: retos y posibilidades. Actas del II Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, 1998, p. 12.

⁹ *Ibid.*, p. 11

¹⁰ Zermeño, *La cultura moderna de...*, op. cit., p. 225.

unidad perdida, la de una “nación unida y armónica”. El modelo teórico se sustentó en la noción de una ciencia histórica “unitaria” capaz de producir una visión “objetiva” e “imparcial” de lo acontecido. Esta noción se aclimató a la situación del México posrevolucionario de los cuarentas, periodo que será definido como el de “unidad nacional”.

GUERRA DE LA HISTORIA EN MÉXICO:

DISPUTAS POR LA CONSTRUCCIÓN CULTURAL DE LA REALIDAD

Zavala desarrolló la “crítica” de las “formas tradicionales” de hacer historia apoyado en instituciones que le darían estabilidad, continuidad y permanencia. Sin embargo, mientras Zavala había hecho entrar en “crisis” las formas de historiar a finales de los treinta, un grupo de intelectuales apareció con el historiador mexicano Edmundo O’Gorman a la cabeza. De este último grupo formaron parte intelectuales del exilio español refugiados en nuestro país en 1939.

Para esta elite cultural, la “crítica” realizada por Zavala a la “historia anticuaria” no era suficiente. La cuestión se reducía a saber si esa “crítica” permitía entender el alcance de la “crisis” que estaba en proceso o si era necesario generar otro tipo de reflexión sobre el pasado. En este sentido, O’Gorman hizo pública en numerosas ocasiones su insatisfacción y “crítica” a las posibilidades del saber histórico “científico” propuesto por Zavala. Conforme a esta “crítica”, denunció el “culto al dato objetivo” y dejó entrever el carácter político que adoptó la disciplina —en su forma institucional—, la cual permitió homogeneizar a la historia alrededor del “discurso del método”.

En O’Gorman la concepción de la “crisis” no se encuentra fuera de la historia. Significa que la solución no implica hacerla entrar en un método tomado desde el exterior, desde un *afuera*, sino que es constitutiva del mismo proceso histórico. Por tanto, para afrontar la “crisis” se requiere ejercer la “crítica”, único camino de redención

o “salvación intelectual”. Dicho de otra manera, la invitación de O’Gorman a elevar el grado de “crítica” en la historia implica, por encima de todo, no disfrazar la subjetividad del historiador tras el velo de la “imparcialidad” y la “objetividad”. Por tanto, la “crítica” debe tender a revisar estas nociones. De acuerdo con este enfoque, O’Gorman pone al descubierto el carácter político-instrumental del discurso histórico-científico, cuyo proceso de institucionalización produce un tipo de historia que tiene como destinatario y beneficiario principal al “nacionalismo moderno”.¹¹

La “crítica” fue desarrollada por una elite cultural identificada con la corriente historicista. Ésta tenía en O’Gorman a uno de sus más destacados exponentes. En retrospectiva, se puede señalar que la “crítica” fue dirigida a un discurso producido *desde* una institución que quiere apoderarse del sentido de los textos, que quiere dictaminar cuál es la lectura correcta y cuál es la falsa. La “crítica” de O’Gorman tomó como blanco la intención de erigir un discurso por medio de operaciones cubiertas en un aparato de representación, ejemplificado en una labor erudita o la minuciosidad en el “detalle”.

De este modo se puso en duda la imagen de autoridad que acompaña a la academia o a la *institución*, la cual encuentra su sentido al producir una “historia” que debe orientar y fundamentar la reflexión del público en cuanto al origen de la organización social imperante: la “nación”. Los fundamentos que aporta la academia son imprescindibles para el poder estatal, pues con ellos se crea una apariencia de racionalidad en cualquier acción del Estado que el discurso académico explique.

En el México de los años cuarenta, la recepción de nuevas filosofías europeas contribuyó a configurar a un historiador caracterizado por su decidida voluntad de polémica y valoración. Es un historiador que pronuncia juicios de valor. Es, por su actitud polémica, lo contrario del coleccionista, del historiador “tradicio-

¹¹ *Idem.*

nal”. Se transforma en un historiador que critica los valores de la historiografía anterior. Es un historiador que se niega a documentar la plenitud de una conciencia nacional y considera que el método “evolutivo” y sus productos historiográficos deben describirse por su relación con los procesos políticos, culturales o sociales.

No se propone destruir por completo el viejo modelo de hacer historia, sino más bien rehabilitar el método ahistórico y suprimir la actitud atórica del historiador para potenciar su función crítica y selectiva. Al “tradicionalismo” se le acusa de aplicar un método previamente elaborado y externo a la realidad histórica. No nace del “esfuerzo del concepto”, de comprender, sino de dominar los hechos. A las corrientes señaladas como “tradicionales”, que mantenían un halo del siglo xix, se les opusieron las filosofías europeas asimiladas en América, aunque, en realidad, se estaba librando una batalla fantasma, ya liquidada hacía un siglo en el viejo continente. Pero, en el fondo, se justificaba su presencia solamente ante la carencia de auténtico rigor intelectual. A pesar de ello, no se observa que O’Gorman reciba tales filosofías sin crítica, ni tampoco que las comente devotamente; hay más bien una apropiación del utillaje teórico, metodológico y conceptual, para repensar lo que la historia significa, sus posibilidades y metas. Desde este horizonte, la crítica se dirigió a la postura identificada como “tradicional”:

aquella postura tradicional que —comenta O’Gorman— está tan cargada de méritos como de años y que, salvo por su aspecto imperialista y terrorista que es positivamente perjudicial, seguirá teniendo su razón de ser, sobre todo mientras exista gente dispuesta a aburrirse y a dejarse aburrir. Es digno de advertir, sin embargo, que las posturas que representan la postura tradicional reciben, como nunca antes en México, el favor de amplios medios materiales, y que, constituyendo una especie de casta cerrada, gozan de este tipo peculiar de prestigio que siempre rodea a quienes gustan presentarse como “los iniciados”. Antiquísimo arbitrio de todo terrorismo. ¡Y esto acontece precisamente cuando, también en México, se difun-

den con gran profusión las grandes obras maestras del pensamiento histórico contemporáneo!¹²

Para los representantes de esta nueva filosofía, era necesaria una actitud polémica y valorativa, pues estuvo a punto de convertirse en parte de un inventario que amenazaba con sepultar, bajo la masa del material, el hilo que hacía reconocible el proceso de estructuración de la historiografía en México. Como en casi todos los casos de “cientificismo”, se señala la objetividad del método como un impedimento para que el historiador tome conciencia de la deshistorización de la historiografía y su carácter instrumentista. Es un momento trazado por la significación de un proceso en la configuración de la historiografía mexicana: la “crítica”. La “crítica” al dato, al detalle, a un tipo de historiografía servil.

LA “DISPUTA” HISTORIOGRÁFICA LLEVADA A LOS ESPACIOS DE EXPRESIÓN ESCRITA

A finales de los años treinta se difundieron en México las últimas corrientes de la filosofía europea, especialmente la alemana. Pero es preciso recordar que tales corrientes eran el resultado de un proceso histórico, de hábitos y condiciones institucionales del trabajo intelectual que no existían en América y menos en México.

Aunque esas filosofías vitalistas, intuicionistas, existencialistas e historicistas se formularon en Europa en condiciones diferentes de las de América, su recepción fue posible y fructífera, ya que se presentaron como el último eslabón del pensamiento moderno para articular teóricamente el caos reinante y darle el cariz de orden humano y, a la vez, científico. También es preciso no olvidar que estamos situados en una época de cambios comprobables en el ámbito social y político, cambios que coinciden con la aparición

¹² Edmundo O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, *Filosofía y Letras*, núm. 20, octubre de 1945.

de innovaciones metodológicas. Por tanto, experiencias concretas plantean preguntas nuevas y las preguntas nuevas provocan nuevos caminos de investigación. No obstante, la alternativa de un cambio de método puede deberse tanto a factores internos como a externos.¹³

En el caso mexicano, se puede observar la irrupción de nuevas historiografías que originan determinados métodos. De aquí que al cambio de realidad corresponda su respectivo cambio de método; pero lo interesante, en el caso que nos ocupa, consistiría en observar las condiciones de asimilación de las experiencias y su adquisición metodológica.

Los intelectuales identificados con la corriente historicista en México pedían un replanteamiento del conocimiento histórico; se demandaba una manera más depurada, más reflexiva de abordar el pasado de la nación. Sin embargo, a pesar de que O'Gorman aparentaba adoptar una postura “revolucionaria”, es difícil ver en sus palabras un mensaje netamente “revolucionario”. En todo caso, la pugna podría considerarse relativa a una transición hacia otro concepto de historia más acabado, más elaborado. Una transición, por supuesto, acelerada por los españoles que habían llegado a México a causa de la Guerra Civil. Pero, en el fondo, esta concepción prolongaba una ideología igualmente tradicional, admirada por los nuevos intelectuales y arraigada en los textos de Ortega y Gasset.

Además, la incipiente estructura universitaria se encontraba en eclosión, aún lejos de alcanzar rigidez burocrática. Había, en

¹³ Koselleck plantea que el cambio de experiencia histórica puede conducir, y de hecho ha conducido, a la configuración de nuevos métodos. Inversamente, a partir de nuevos métodos se deducen nuevas experiencias, ya que, en última instancia, se trata de una circularidad socio-científica indiscutible. De este modo, historia e historiografía, la realidad y su procesamiento consciente están siempre coimplicados, se justifican de modo recíproco, sin ser absolutamente derivable uno de otro. Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Pensamiento Contemporáneo, 2001, p. 48.

consecuencia, una situación propicia para que O’Gorman —y el grupo con el que se identificaba intelectualmente— lograra ocupar un lugar dentro de la universidad oficial.¹⁴ De aquí que, en los principales espacios de expresión escrita, se verifique la existencia de una disputa en el campo de la historia. Cada una de las partes disputantes fue tomando su posición desde el horizonte editorial. Los ataques de la corriente historicista se presentaron como una respuesta a lo que calificaba de “viejo orden historiográfico”.

Alcancía, Letras de México, Cuadernos Americanos y Filosofía y Letras fueron algunos de los más importantes órganos de expresión en que se concentraron las plumas del historicismo. El cientificismo, por su parte, tuvo resguardo en una muy precaria zona de refugio, y llevaba consigo un silencio tan ruidoso que parecía ser su mejor arma de defensa ante la andanada de cuestionamientos que la barra historicista descargó sobre su adversario.

Específicamente hablando, fue en la *Revista de Historia de América* en la que se agazapó la corriente cuestionada. La dirección de la misma estuvo en manos de Silvio Zavala y contó con la participación de su colega y amigo el historiador estadounidense Lewis Hanke, así como de su maestro Rafael Altamira.¹⁵

¹⁴ Sobre el comportamiento de los grupos en un espacio social constituido en torno al conocimiento, Pierre Bourdieu explica: “Todo campo, el campo científico, por ejemplo, es un campo de fuerzas en un campo de luchas por conservar o transformar ese campo de fuerzas. [...] Dentro de estas condiciones es la *estructura de las relaciones objetivas* entre los agentes lo que determina lo que pueden o no hacer. O más precisamente, es la posición que ocupan dentro de esta estructura lo que determina u orienta sus tomas de posición. Esto significa que no comprendemos verdaderamente lo que dice o hace un agente comprometido en un campo (un economista, un escritor, un artista, etc.) a menos que estemos en medida de referirnos a la posición que ocupa dentro del mismo; si nosotros sabemos ‘desde dónde habla’”. Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 2001, p. 16.

¹⁵ De su revista, Silvio Zavala comentó en 1992: “...la fundé en 1938, y aunque ya no la hago, me satisface ver que continúa, con sus índices y anexos. Es un surco de los que a veces se abren en el campo y muestran ser fecundos”. Silvio Zavala, “Conversación autobiográfica con Jean Meyer”, en Enrique Florescano y Ricardo

Si se mira hacia atrás, parece que el último rastro de beligerancia en esta historia se sitúa en 1937. En abril de ese año, se escucharon las primeras detonaciones. Provenían de la revista *Alcancia* y las formulaban sus fundadores, Edmundo O’Gorman y Justino Fernández. La revista salió con el siguiente encabezado: “Justino Fernández y Edmundo O’Gorman, Santo Tomás Moro y la *Utopía* de Santo Tomas Moro en la Nueva España, una conferencia sobre Vasco de Quiroga, por Justino Fernández, y un ensayo sobre Tomás Moro, por Edmundo O’Gorman”. La importancia de este número de *Alcancia* tiene que ver con el hecho de que el ensayo sobre Tomás Moro, por Edmundo O’Gorman, fue una respuesta crítica a un libro que ese mismo año se publicó en México: *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, de Silvio Zavala.

Desde el prólogo de esta obra, O’Gorman señaló insuficiencias debidas a los “prejuicios” con que la historiografía “neopositivista” mira al pasado. O’Gorman reprochó el uso pragmático-político de la obra, al advertir los incisivos comentarios que Genaro Estrada hizo sobre la misma en el prólogo. Sin dejar de reconocer el valor del descubrimiento de Zavala, O’Gorman y Justino criticaron la asociación del pensamiento de “Santo Tomás Moro” con el comunismo y con el proyecto de transformación social cardenista que Genaro Estrada apoyaba. Estrada apuntó que la obra de Moro “es de lo mejor calculada para nutrir el corazón de un radical [...] en estos momentos de reforma social en México”.¹⁶ O’Gorman contestó a ello así: en dicha frase “se advierte la intención de presentar a la ideología del renacimiento como un primer paso de la mentalidad europea hacia el socialismo actual, y que hombres distinguidos y puros como Tomás Moro y por reflejo Vasco de Quiroga son

Pérez Montfort, *Historiadores de México en el siglo xx*, México, FCE, 1995, p. 132. Además, cabe recordar que los tres, en mayor o menor grado, fueron cuestionados en los cuarentas por O’Gorman.

¹⁶ “Thomas More y la Nueva España”, *Letras de México*, núm. 4, vol. 1, 1937, p. 4.

precursores de los postulados del materialismo histórico”.¹⁷ He aquí—según O’Gorman—el yerro interpretativo de Genaro Estrada respecto a la obra de Zavala. De esta manera O’Gorman empujó al primer plano la discusión teórica de la historia en 1937. En este mismo año publicó *Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la geografía de México*. También fue colaborador frecuente en las revistas *Letras de México*, *Revista de Investigaciones Históricas* y *El Trimestre Económico*, entre otras.

LA DISPUTA

1938. El joven O’Gorman, de 32 años de edad, ingresó al Archivo General de la Nación. Esto fue posible gracias al “favor” de un abogado amigo suyo, quien ocupaba un puesto en la instancia encargada de todos los asuntos internos del país: la Secretaría de Gobernación. En el Archivo, O’Gorman ocupó el cargo de historiador “C” junto a don Luis González de Obregón. Posteriormente, se convirtió, como lo señala él mismo, en el subdirector del Archivo.¹⁸

O’Gorman abandonó el despacho de una importante firma de abogados en asuntos mercantiles, para entregarse de tiempo com-

¹⁷ “Santo Tomás Moro” y “*Utopía* de Tomás Moro en la Nueva España”, libro compuesto por un ensayo de Edmundo O’Gorman y precedido por un estudio de Justino Fernández sobre “La vida de Vasco de Quiroga”, cit. por Conrado Hernández López, “La idea de la historia en Edmundo O’Gorman y sus implicaciones éticas y políticas, tesis de maestría en Historia de México, México, UNAM, 1996, p. 57.

¹⁸ O’Gorman en 1995, es decir, a sus “ochenta y ocho años y pico”, expresó de su estancia en el Archivo: “Trabajé mucho ahí, además de otras cosas como el *Boletín del Archivo General de la Nación*. Yo llevé ese boletín que publicaba documentos del archivo, le hacía prólogos y ensayos...” Alicia Olivera, “Edmundo O’Gorman. El asombro gozoso de la historia”, en *Historia e historias. 50 años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, p. 181. En otro momento comentó: “...Un día dejé el despacho y obtuve por medio de un amigo un puesto en el Archivo General de la Nación, del que fui subdirector por muchos años”. *Idem*.

pleto al estudio de la historia, pero ahora en su nuevo trabajo: en el Archivo. Desde ahí, el todavía desconocido O’Gorman delineó los trazos generales de la trayectoria que iba a seguir en su búsqueda de nuevos horizontes en la historia. Estos primeros trazos quedaron apresados en un ensayo cuya publicación corrió a cargo de la revista *Letras de México* en 1938. O’Gorman sostiene:

Por mi parte no veo por qué se ha de privar la historia del elemento más bello y fecundo del espíritu: la pasión. Todo estriba en saber que hay pasiones buenas y que las hay malas y en que la pasión no está necesariamente en oposición a la verdad. Ese deseo de imparcialidad, que indiscutiblemente honra a aquellos hombres (los historiadores mexicanos del siglo XIX) es, sin embargo, lo que produjo esa historia muerta, sin intuición, carente de inspiración, que inhabilita a la historia a cumplir su misión fundamental en relación con la cultura [...] es una historia conceptuada en términos de una Ciencia Natural, en tanto que cada día se siente la necesidad de liberarla de esa servidumbre, reconociéndole autonomía científica.¹⁹

Dos años después, o sea en 1940, O’Gorman, con 34 años de edad, un aspecto “medio irlandés y medio inglés”, una experiencia de abogado, el cargo de subdirector del Archivo, una publicación y varios libros comentados, ingresó como “profesor ordinario” de historia en la Universidad. En la Facultad de Filosofía y Letras, entró en contacto con distinguidos intelectuales mexicanos y con refugiados españoles, en especial con José Gaos —ex rector de la Universidad de Madrid—. También se matriculó ahí como estudiante para revalidar materias y cubrir un grado más en su formación. En los seminarios de Gaos sistematizó su conocimiento del pensamiento de José Ortega y Gasset y se introdujo en el de Martin Heidegger.

¹⁹ Edmundo O’Gorman, “La obra de Luis González Obregón”, *Letras de México*, núm. 31, vol. 1, 1º de septiembre de 1938, p. 2.

O’Gorman recuerda: “En la facultad, en historia, daba yo mi clase y luego iba a tomar mi clase”. Más adelante, señala:

...En esa época, los que ya estaban instalados como maestros de historia de México eran de un grupo en torno de Martínez del Río y Rafael García Granados; todos eran ya profesores en la facultad. Yo ya había leído mucho de historia, de teoría de la historia, de filosofía y otras cosas [...] Como decía, se fundó el Instituto de Investigaciones Históricas y para su planeación me habló don Pablo, que era amigo de mi padre, y que fue quien tuvo la idea de fundarlo. Luego lo crearon y no me pusieron en la lista, pues no, lógicamente no les parecía ni mi formación ni mi carácter crítico: usted no hace historia, usted hace filosofía. Lo que yo hacía era una crítica, con muchas polémicas; ha sido así a lo largo de mi vida, y eso me parecía una aberración, que yo no estuviera en el instituto, pero en cambio sí estaba en la facultad.²⁰

También en 1940, preparó la edición mexicana de la *Historia natural y moral de las Indias* del padre José de Acosta. En su análisis dio cuenta de que los “prejuicios objetivistas” de los estudios “tradicionalistas”, por su “prurito de originalidad”, terminaron por convertir a José de Acosta en “plagiario” y, con ello, también quedó oculta su obra como una respuesta de la mentalidad europea a la duda que engendró la accidentada aparición de un continente hasta antes desconocido. Con este argumento, O’Gorman reveló lo insatisfactorias que resultaban las interpretaciones anteriores que habían dado por plagio a la obra. En la revista *Letras de México*, Iglesia expresa lo siguiente:

En el estudio de O’Gorman apreciamos desde la primera línea hasta la última una reflexión tensa, una actitud alerta, decidida, de buen cazador de ideas, que contrasta abiertamente con la modorra

²⁰ Olivera, “Edmundo O’Gorman. El...”, *op. cit.*, p. 182.

de los pescadores de caña en que están sumidos los historiadores positivistas, a quienes sólo muy de tarde en tarde sacude de su sopor el tirón del pez en el anzuelo —el suspirado documento inédito [...] interrogando con habilidad el texto de Acosta para conseguir que le entregara “su” verdad, el sistema de ideas y los conocimientos que en él existen, que podrán relacionarse —¿quién lo duda?— con los de otros autores, pero sin perder nunca de vista que el interés primordial no estriba en estas referencias, sino en la captación de la unidad viva y coherente de la totalidad de la obra examinada.²¹

En el género del ensayo, O’Gorman encontró un espacio para desarrollar su estilo personal; asimismo, para lanzar sus numerosas aportaciones y críticas al estudio de la historia mexicana. Sus primeros escritos salidos a la luz correspondieron al género ensayístico: “Hegel y el moderno panamericanismo”, publicado en 1939 por *Letras de México*; “El arte o la monstruosidad”, editado en *El tiempo*, en 1940, y “La historia en la Edad Media”, aparecido en *Del cristianismo y la Edad Media* en 1942, por mencionar algunos.

Desde el ensayo, lanzó sus demoledores argumentos teniendo como soporte su “novedosa” concepción de la historia. En el último de los arriba citados realizó, contra las reglas de la “tradición”, que obligaban a mantener una asidua y rigurosa investigación documental, un penetrante análisis acerca de la “conciencia histórica” de la Edad Media a partir de un solo documento. Semejante desobediencia se antojaba una provocadora transgresión al orden historiográfico al que él acusaba de “tradicional”.

Esta idea de la historia lo llevó no sólo a desentrañar la “conciencia histórica” de la Edad Media por la vía de un documento, pues también le permitió asomarse al tema de “América” de un modo inusual. En el mismo 1942, publicó *Fundamentos de la historia de América*, con la finalidad de explicar la forma en que Europa pensó

²¹ Ramón Iglesia, “Un estudio histórico de Edmundo O’Gorman”, *Letras de México*, núm. 15, vol. II, 15 de marzo de 1940, p. 147.

América, no sólo para esclarecer la “significación constitutiva” de su ser en el ámbito de la cultura europea, sino –lo cual era más importante aún– para entrever de un modo más “luminoso” el significado oculto de la Conquista.

Algunos intelectuales del momento se manifestaron para dar cuenta de la orientación que estaban tomando los estudios históricos. Fueron voces que se levantaron para señalar a la “tradición”, mientras que otras hacían esfuerzos por resistir los embates. En la recién fundada revista *Cuadernos Americanos*, se abrió paso la voz de su director –Jesús Silva Herzog–, que pugnaba por un “nuevo humanismo” donde el hombre fuera “periferia y centro”, en detrimento de las distintas concepciones que lo han llevado hacia su propia destrucción.

En el pensamiento de Herzog estaba enraizada la esperanza de formar en Iberoamérica, “...con la eficaz cooperación intelectual de los españoles ilustres que han encontrado asilo en nuestras patrias”, una nueva conciencia humanística capaz de “actualizar el sueño de Bolívar e influir por primera vez en forma decisiva en el drama de la historia universal”.²²

Había quienes veían en el historicismo la nueva filosofía del momento, aquella de la que el hombre debía asirse para salvar su circunstancia personal. En palabras de Eugenio Imaz, “...con tanta mayor razón la reclamamos porque es el requerimiento del momento...” El mundo de aquellos años se enfrentaba al fenómeno histórico que representaba tanto el totalitarismo como la guerra mundial. De aquí que la época se vea como una era de “crisis”, equivalente a una transición hacia otra etapa histórica. Se apostaba por una nueva cultura enraizada en la historicidad del hombre, en oposición a “la ciega fe” en las doctrinas que auguraban alguna “meta final” en la historia. Así lo explica Eugenio Imaz al comentar *La historia como hazaña de la libertad*, de Benedetto Croce:

²² Jesús Silva Herzog, “Lo humano, problema esencial”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1, vol. II, enero-febrero de 1942, p. 10.

Si la historia es la narración de la libertad [...] si la historia es —¡oh atolondrados!— cuento de nunca acabar y retahíla del progreso, tratará de no embaucarnos con el sueño de una meta final o un paraíso más o menos artificial. El progreso, según Croce, es una forma cada vez más alta y completa del sufrimiento humano. La historia —la filosofía de Croce— no nos promete nada definitivo. Pero tampoco lo prometió Kant ni, a pesar de sus palabras, Hegel, y tampoco los gigantones hermanos siameses que dedicaron su vida a instruir a los hombres para la “Lucha final”. Por la sencilla razón de que hay luchas y siempre habrá luchas que luchar...²³

Por parte de la corriente cuestionada se manifestaron algunos comentarios ante la tormenta crítica desatada por el historicismo. A cinco años de publicada la respuesta crítica de O’Gorman a *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*, Zavala dirigió una carta a Alfonso Reyes que se publicó en *Cuadernos Americanos* en 1942. En ella se propuso hacerle saber “algunas noticias sobre una de sus varias inquietudes de cultura”.

Tal inquietud tenía que ver con los avances de las investigaciones sobre la influencia de la *Utopía* de Moro en el pensamiento y las obras de fray Juan de Zumárraga y Vasco de Quiroga. Al hacer un breve recuento y apretado análisis de “otros trabajos que mantienen vivo el interés por el tema”, Zavala se refiere a uno en especial, aunque no lo señala específicamente; al compararlo con aquellos otros trabajos, señala: “En cambio, aquella literatura hagiográfica y superficial, que se adueñó del tema la otra vez, ha colaborado ahora con su silencio”.²⁴

Considerando los antecedentes arriba expuestos, parece que el trabajo aludido es el realizado por Edmundo O’Gorman y Justino Fernández en 1937. Sin embargo, Zavala no va más allá en

²³ Eugenio Imaz, “Conquista de la libertad”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1, vol. II, enero-febrero de 1942, p. 87.

²⁴ Silvio Zavala, “Letras de utopía. Carta a don Alfonso Reyes”, *Cuadernos Americanos*, vol. II, marzo-abril de 1942, p. 153.

su respuesta y prefiere centrar su atención en estudios a los que considera de gran valía, como los del historiador francés Marcel Bataillon, al que califica de “precursor”;²⁵ fuera de eso, no hay más comentarios al respecto.

La polémica sobre la manera adecuada de entender el pasado apuntaba a considerar el cientificismo en la historia como una doctrina ya “superada”. Sin embargo, aún había cuestiones que discutir. Pequeñas batallas teóricas se sucedieron. Una de ellas se suscitó en el mismo 1942. En tal ocasión, el campo de batalla lo ofreció la revista *Cuadernos Americanos*. En ella, José Medina Echavarría y José Gaos se enfrascaron en “una polémica” que tuvo como propósito dar con las directrices adecuadas para establecer una auténtica “ciencia del hombre”.

El debate se desató a raíz de la publicación de un libro, *Sociología, teoría y técnica*, editado por el Fondo de Cultura Económica en 1941. En él, Echavarría mantenía firme su determinación de encuadrar a la sociología en el marco general del concepto de ciencia, según la acepción que a este vocablo le da el “conocimiento positivo”.

Frente a esa postura, Gaos salió al encuentro para reclamar a la sociología un tratamiento especial, de acuerdo con la índole de su objeto: el hombre. Por tanto, consideró que en la sociología no debía verse a una ciencia natural, sino a una “ciencia del espíritu o cultural”. Ambos intelectuales abrazaron su propio enfoque y expusieron sus argumentos en “En busca de la ciencia del hombre”, tal como se tituló dicha polémica en la citada revista.²⁶

Las cartas estaban echadas para un tipo de historia que guardaba íntimas ligas con la filosofía. Era impensable la separación entre ambas. Leopoldo Zea, en su introducción a *El positivismo en México* (1943), sostiene: “Toda filosofía tiene su adecuación con

²⁵ *Idem.*

²⁶ “En busca de la ciencia del hombre (una polémica)”, *Cuadernos Americanos*, vol. II, marzo-abril de 1942, pp. 112-5.

la realidad, sólo que esta realidad no es permanente, sino histórica. No es posible saltar la barda de la historia. Cuando cambia la historia, necesariamente tiene que cambiar la filosofía, puesto que ésta no puede ser sino filosofía de una realidad y esta realidad es histórica”.²⁷

Para Imaz, la cuestión capital era decidir el tipo de formación historiográfica que debía difundirse en el país: ¿cientificista o historicista? En 1944, comentó para *Cuadernos Americanos* lo siguiente:

Es una cuestión que debemos replantearnos siempre la de la conveniencia de traducir sin ton ni son o al son que nos tocan a los filósofos o pensadores más en boga en cada país, especialmente a los alemanes, pues, por circunstancias que no son del caso examinar ahora, por ahí ha derivado la curiosidad filosófica hispano-americana desde hace una porción de años.²⁸

Aludiendo, implícitamente, al tipo de formación “cientificista” dada a conocer en México e inspirada en la obra del historiador alemán Leopoldo Von Ranke, señala:

Lo que me parece propenso al estrago —la pedantería, el mayor— es ese servicio rápido y aperitivo de novedades, con arreglo al cual, durante algunos años, van sonando insistentemente como “chiboletes” unos cuantos nombres alemanes eminentes de cuya obra el lector de lengua española se entera cabalmente cuando ya han sido “superados”.²⁹

²⁷ Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 1943, p. 21.

²⁸ Eugenio Imaz, “Guillermo Dilthey”, *Cuadernos Americanos*, vol. II, marzo-abril de 1944, p. 120.

²⁹ *Ibid.*, p. 121.

Cincuenta años después (1994), Silvio Zavala dio a conocer su punto de vista respecto a la situación considerada en el párrafo anterior y explicó, además, su labor en relación con esa “tendencia germanófila”:

...si España tenía la idea de seguir los modelos alemanes era porque los consideraba los más altos en Europa. En contacto con ellos, [...] la Junta para Ampliación de Estudios con todo gusto les daba las becas para ir a Alemania. En cambio, no pensaban en enviarlos a Iberoamérica. Fue Altamira quien quiso corregir eso y también la tendencia germanófila en la política; él era aliadófilo, y en la guerra de 1914 ya se destacaba en la defensa de los aliados. Ahora bien, ¿qué pasó después en México con la emigración? Vino gente como Eugenio Imaz, con profunda formación alemana, y para ellos lo más natural era dárnosla a conocer; el “Dhilthey” en ocho tomos, al cuidado de Imaz, es una obra fundamental e inmensa. Cuando yo fui a Francia, una de las quejas de Febvre y Braudel era que el Fondo de Cultura Económica no publicaba libros franceses. Nunca dejé de recomendar aquello que Francia producía de buena calidad. Era el ejemplo de mi maestro Altamira...³⁰

Nuestra mirada continúa en 1944, año en que Ramón Iglesia daba continuidad a la oleada de ofensivas, al presentar una penetrante colección de estudios enmarcada en el título *El hombre Colón y otros ensayos*. Ahí, Iglesia no deja de dar señas de estar dispuesto a la pelea teórica a la que se sentía exigido en aquellos años:

Ya va siendo tiempo de que estas personas se den cuenta de que la “imparcialidad histórica”, en el sentido absoluto en que la conciben, no existe. El concepto mismo de imparcialidad es un mito. El hombre no se puede situar frente a los hechos humanos en la misma actitud que el químico ante sus tubos de ensayo. Cada

³⁰ Zavala, “Conversación autobiográfica con Jean...”, *op. cit.*, p. 131.

hombre, además, ve una sola porción de la realidad, es decir, su visión es siempre parcial. Los historiadores de profesión parecen ignorar por lo general una noción muy conocida de siempre, pero que sólo recientemente ha sido elaborada con cierta precisión: me refiero a la noción de perspectiva.³¹

En aquellos años de polémica, la presencia de los señalados como “historicistas” o “existencialistas” resultaba incómoda en los círculos académicos mexicanos. Al respecto, en 1945, Gaos comentó para la revista *Cuadernos Americanos* lo siguiente:

A los Doctores García Bacca y Luis Ricaséns Siches [...] y a mí, nos tienen por unos orteguianos que deberíamos a la influencia del gran maestro español el ser historicistas, existencialistas y por fuerza relativistas escépticos, y yo hasta ateo [...] Si profesamos en el primer sentido el historicismo y el existencialismo, es por tenerlos por los movimientos filosóficos de los últimos tiempos con una significación más radical, que hay que superar. Sólo que pensamos que la superación no puede venir por vía de “ignorancia” de su existencia o importancia, como si no representasen nada fundado, sino únicamente de asimilación de lo que en ellos hay de fundado, que algo “tiene que haber” so pena de admitir que la historia sea capaz de proceder a movimientos semejantes sin fundamento alguno, lo que sólo le sería posible admitir sin contrasentido a un existencialista.³²

EL INICIO DE LA CONTROVERSIA:

DISCUSIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

La versión oficial de la historia de México –ya entrados en 1940– sufría una honda crisis ante la variedad de interpretaciones

³¹ *Ibid.*, p. 25.

³² José Gaos, “Cinco años de filosofía en México”, *Filosofía y Letras*, núm. 20, t. X, octubre-diciembre de 1945, pp.145–65.

que se disputaban entre sí el privilegio de contar con la verdadera visión. La crisis había alcanzado niveles insospechados gracias a la presión de las fuerzas confrontadas política y militarmente en los años veinte y treinta: la Iglesia y el Estado. Sin embargo, los peligros avizorados en el exterior forzaron el apaciguamiento de la lucha interna y plantearon la posibilidad de considerar la “unidad nacional” como la única alternativa para poder sobrevivir en el estremecedor contexto histórico mundial. Por tanto, los esfuerzos en el ámbito historiográfico debían encaminarse a buscar una visión conciliadora que menguara el ánimo partidista y acabara con las diferencias de interpretación.

Los libros que aparecieron a partir de 1940 buscaron adecuarse en sus planteamientos a las necesidades del país; la intención era desembarazar a la historia del tormentoso proceso de la “lucha de clases” para verla como el proceso de formación de nuestra “nacionalidad”, pues se quería formar al individuo de acuerdo con una historia que uniera y no que dividiera.

El problema relativo a la transmisión del pasado mexicano empezó a considerarse prioritario en los congresos y mesas redondas entre los historiadores. En el Sexto Congreso Mexicano de Historia celebrado en Jalapa en 1943, se puso de manifiesto el sentir de los historiadores frente al asunto: expresaron que, ante el estado de “anarquía” en que se encontraba la historia, era menester convocar una mesa redonda que se ocupara de estudiar los problemas relativos a la enseñanza de la historia en México. En mayo del siguiente año (1944), se realizó la Primera Conferencia de Mesa Redonda para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia. En ella, participaron distinguidos y connotados historiadores y profesores, quienes se sujetaron a las disposiciones de la mesa directiva que tuvo como presidente al historiador Luis Chávez Orozco.³³ Esta reunión, responsable de analizar la enseñanza de la historia en

³³ Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1979, p. 243 y 331.

todos los ciclos y en todos los libros de texto, fue inaugurada por el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet.

En las mesas de análisis los puntos fundamentales a tratar fueron la “creación de un sentimiento de solidaridad nacional como factor fundamental para la integración de la patria”³⁴ y el asentamiento, desde el primer nivel, de las bases para desarrollar en “el espíritu cívico” del estudiante un profuso sentimiento de “unidad nacional”, aunque “sin deformar la verdad”.³⁵ El interés del gobierno por transmitir el pasado mexicano a las nuevas generaciones dio lugar a la publicación de libros como *México, historia de su evolución constructiva* (1945) y *México y la cultura* (1946), además de uno de Silvio Zavala que iniciaba la serie *Síntesis de la historia del pueblo mexicano*.³⁶

Las resoluciones de la Primera Conferencia dieron a conocer a la Secretaría de Educación Pública las exigencias a que debían responder los libros de texto de primaria y secundaria. También se determinó formar a la comisión organizadora de un Primer Seminario para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia.³⁷ Este Seminario se reunió del 16 al 21 de marzo de 1945,

³⁴ No obstante, los temas de discusión giraron en torno a preocupaciones diversas, desde “conservar la estructura espiritual de los indígenas” en la historia, hasta evitar el “sello comunista” en la enseñanza histórica escolar. *Excelsior* (México), núms. 9785-9792, año xxviii, t. iii, 12-19 de mayo de 1944.

³⁵ *Excelsior* (México), núm. 9791, año xxviii, t. iii, jueves 18 de mayo de 1944, Primera Sección.

³⁶ Vázquez, *Nacionalismo y educación en...*, op. cit., p. 246.

³⁷ La prensa escrita reportó el cierre de esta Primera conferencia con un final feliz, que culminó en una “entrevista” sostenida por los conferencistas con el “señor presidente” en su residencia de Los Pinos. En dicha “entrevista”, “...el general Manuel Ávila Camacho expuso a sus visitantes, encabezados por el profesor Luis Chávez Orozco, el interés con que había seguido aquellas deliberaciones, y la satisfacción que le producía conocer el móvil de unidad nacional que los inspira”. En respuesta, el historiador Jesús Romero Flores, a título de relator, presentó un resumen de las exposiciones hechas, y los acuerdos alcanzados durante la semana, que comentó así: “Todos los esfuerzos en ese sentido realizados hasta ahora, tuvieron por móvil crear la nacionalidad mexicana mediante la sólida y perdurable unión de todos los hijos de México; consolidar esa unión para realizar nuestro

con el fin de “completar los trabajos” que la Primera Conferencia había dejado inconclusos, y estuvo integrado por Luis Chávez Orozco, Alfonso Caso, Rafael García Granados, Arturo Arnaíz y Freg, Edmundo O’Gorman, Rafael Altamira y Silvio Zavala, entre otros. Se invitó a él a distintas autoridades del país vinculadas con la enseñanza de la historia.

La sencilla ceremonia inicial fue presidida por Torres Bodet.³⁸ En el Seminario se examinaron problemas relacionados con el tipo de historiografía institucional u oficial, de marcada inclinación nacionalista, de donde procede buena parte de la formación del mexicano, plagada de deficiencias, inconsistencias y temas tratados con poca precisión.³⁹

Las ponencias se refirieron al tema “La técnica de la enseñanza de la historia” en sus distintas variantes: en la escuela normal, primaria, secundaria, preparatoria, universidad, en los museos y hasta en la “película histórica”. Pero las discusiones fueron llevando a los oradores a reflexionar en torno a los problemas teóricos y filosóficos que acechan al conocimiento histórico. Y fue precisamente en este último punto donde se inició una controversia protagonizada por

progreso interior, y crear la respetabilidad indispensable para favorecer nuestras relaciones con los demás países del mundo”, *Excelsior*, núm. 9792, año xxviii, t. iii, 19 de mayo de 1944, Primera Sección.

³⁸ *El Universal* (México), núm. 10360, año xxix, t. cxiii, 17 de marzo de 1945.

³⁹ En una de las mesas de discusión de mayo de 1944, o sea, de la Primera conferencia, se produjo un debate en torno a las “inexactitudes” que contienen algunos libros de historia universal —uno de ellos el de Wells—, pues afirman que la cultura precortesiana era propia de “mentes débiles”. Con el fin de evitar tales “distorsiones”, se propuso que un mexicano redactara un libro de historia universal que “no menoscabe nuestro prestigio”, es decir, que “sirva a los intereses del país”. Ante dicha resolución, “Edmundo O’Gorman se opuso, *so pretexto* de que tal actitud demostraba una tendencia nacionalista. No obstante, contra el criterio del discrepante O’Gorman, se aprobó aquella disposición, y luego otra del profesor Paredes, en el sentido de que la Secretaría de Educación elaborara un libro de lectura, auxiliar de la enseñanza de la historia y relativo al progreso técnico industrial de México”. *Excelsior* (México), núm. 9791, año xxviii, t. iii, 18 de mayo de 1944, Primera Sección, p. 1.

O’Gorman y Zavala.⁴⁰ En aquella ocasión, la polémica no pasó de ser tal. Sin embargo, se sintió la necesidad de considerarla con toda la seriedad del caso. De discusiones que inicialmente se fijaron como tarea poner los ojos en los planes de estudio y libros de texto, se pasó al planteamiento de un problema clave: la orientación que debe seguir el estudio del pasado humano.

Las reflexiones que animaron las discusiones del Seminario obligaban a realizar una junta más para abordar la “crisis” de la historia. Con tal fin, fueron convocados los exponentes de dos maneras de concebir la realidad histórica. La intención era confrontar en un “debate” teórico y abierto a O’Gorman y Zavala. Pero dejemos que sea el mismo O’Gorman quien lo relate:

... De una discusión sostenida en esta reunión entre el doctor Silvio Zavala y el que escribe estas líneas, se vio la necesidad de convocar a una junta para discutir libremente los problemas filosóficos implícitos en la actividad del historiador. La Sociedad Mexicana de Historia se avocó el conocimiento de esta cuestión, y previo los arreglos del caso convocó a la junta. Se convino entre el doctor Silvio Zavala y Edmundo O’Gorman que cada uno escribiría una breve ponencia sobre el tema “Consideraciones sobre la verdad en Historia” y que, además de invitar a los más distinguidos historiadores y filósofos para que participaran en los debates, tanto el doctor Zavala como O’Gorman invitarían especialmente cada uno a dos intelectuales cuyas opiniones coincidirían con las de ellos.

⁴⁰ Llama la atención que, después del 18 de marzo de 1945, de manera repentina, la prensa dejó de informar el curso que estaban tomando las discusiones en el Seminario. Curiosamente, la información cesó a partir del lunes 19 de marzo, cuando tuvieron lugar las ponencias de Silvio Zavala –sobre “La técnica de la enseñanza de la historia en los Institutos de Investigación”– y Rafael Altamira –respecto a “La técnica de la enseñanza de la historia en las universidades europeas”–. Gracias al programa y temario del Seminario –publicados cinco días antes de la realización de este último–, es posible inferir que Zavala y su maestro Altamira participaron ese día.

El doctor Zavala designó a los señores Rafael Altamira y Barnés; O’Gorman, a José Gaos y Ramón Iglesia...⁴¹

Por otra parte, en la sección de “noticias” de la *Revista de Historia de América* dirigida por Silvio Zavala, se comenta sobre el mismo suceso lo siguiente:

En el mes de mayo de 1944 tuvo lugar, en la ciudad de México, la Primera Asamblea de Mesa Redonda para el estudio de la enseñanza de la historia, de la que surgió una comisión encargada de organizar un seminario para el estudio de la “Técnica de la enseñanza de la Historia”, seminario que se reunió los días 16 a 21 de marzo del presente año (1945) en los salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate.⁴²

Más adelante se prometía: “Las conclusiones a estas ponencias se publicarán en el número siguiente de esta revista”. Sin embargo, no ocurrió así. Al parecer, después de tal “información”, la historia dejó de ser “noticia” para este órgano de expresión.

EL INTENTO FALLIDO DE “DEBATE” CON ZAVALA

1945. En este año, bajo la bandera del “historicismo” y de acuerdo con los acontecimientos del escenario mundial, O’Gorman decide declarar la “guerra” a la corriente historiográfica que se afirmaba como dominante: el cientificismo. En la mesa de discusiones sobre la enseñanza de la historia, O’Gorman aprovechó la situación para retar a un “duelo teórico” a quien consideró su contraparte, el historiador Silvio Zavala. La Sociedad Mexicana de la Historia

⁴¹ O’Gorman, “Cinco años de historia ...”, *op. cit.*, p. 180.

⁴² *Revista de Historia de América*, núm. 19, junio-diciembre de 1945, p. 413.

se consagró a la tarea de organizar las condiciones para que dicho “duelo” tuviera efecto.

Es importante recordar que en 1945 la historiografía oficial era un anacronismo y tal disputa universitaria era síntoma de una renovación de los estudios históricos en México. Y no ha de sorprender el que cada contrincante —puesto que se trata en principio de una polémica— tuviera sus respectivos padrinos como si se tratase de una “pelea a muerte”.⁴³ No obstante, para dar cumplimiento a la formalidad del encuentro, se eligió una fecha y un lugar. El periódico *El Universal* anunciaba en su sección sobre “actividades culturales” que el 15 de junio de 1945, en El Colegio de México, habría de suscitarse “una interesante confrontación de ideas entre Edmundo O’Gorman y Silvio Zavala”.

Una auténtica barra intelectual de peso aguardaba el momento de formar parte del “debate” que se avecinaba y, a la vez, de abrir la programación de tres sesiones dedicadas a discutir temas de metodología y teoría históricas: figuras de primer orden del ambiente cultural de aquellos años, como Alfonso Caso, Justino Fernández, Arturo Arnaiz y Freg, José Medina Echavarría, Eduardo Nicol, Rafael Heliodoro Valle, Paul Kirchhoff, Wenceslao Roces, Issa Brante Schweide, Domingo Barnés, Rafael Altamira y Crevea, Ramón Iglesia, José Gaos y Edmundo O’Gorman.

Lamentablemente, a dicho encuentro no asistió uno de los principales exponentes, el historiador Silvio Zavala. En efecto, Zavala no cumplió con “ese formal compromiso que había contraído” a pesar de que la fecha de la reunión —inicialmente acordada para

⁴³ Respecto este asunto, es interesante llamar la atención sobre un estudio realizado por Víctor Manuel Macías González, donde se muestra cómo, en el imaginario colectivo de la sociedad posrevolucionaria, se concebía el poder y la dignidad del individuo en términos que delatan su adopción de los valores y las creencias legados por el Porfiriato y, hasta cierto grado, por la sociedad virreinal. Víctor Manuel Macías González, “El caso de una beldad asesina. La construcción narrativa, los concursos de belleza y el mito nacional posrevolucionario (1921-1931)”, *Historia y Grafía*, núm. 13, 1999, pp. 113-54.

otro momento— se había pospuesto por petición suya. Explicó que su ausencia se había debido al hecho de que por esos días “andaba fuera del país”.

La inasistencia de Zavala constituía el reconocimiento de que el “historicismo” era el grito de guerra y el triunfo unánime de la nueva generación. No obstante, para la parte contraria, al parecer, era una manera de restar importancia a lo que peligrosamente se acercaba a modo de adversario, dispuesto a disputar el monopolio de verdad en el campo de la historiografía.

No obstante la ausencia de Zavala, O’Gorman aprovechó para dar a conocer sus reflexiones. Al parecer, adoptaba una postura “revolucionaria”. Sus padrinos fueron José Gaos y Ramón Iglesia, cuyo renombre confería aún más legitimidad a lo dicho por el bachiller O’Gorman, entonces alumno de Gaos. Pero este discurso “revolucionario”, que no sorprendió a quienes estaban íntimamente familiarizados con la obra de Ortega, no carecía de validez histórica. Era 1945 y aún tenía actualidad el hecho de que México había declarado la guerra a Alemania. De aquí que la época se considere de “crisis”, equivalente a una transición hacia otra etapa histórica. Y es esto precisamente lo que justifica el uso del término “revolucionario”, ya que se trastornaba un mundo caduco —“creencias que constituyen la tradición inmediata”— y se intentaba implantar o estructurar “una nueva aventura espiritual”, es decir un nuevo mundo histórico.⁴⁴

En apariencia, para O’Gorman los historiadores mexicanos continuaban siendo imitadores de una historiografía europea ya desde largo tiempo atrás superada; es decir que no estaban al día, sino al margen de los sucesos ocurridos en la Europa de posguerra. La sociedad, por consiguiente, tenía que reestructurarse de acuerdo con las nuevas exigencias. Se trataba de una renovación

⁴⁴ Roberto Cantú, “La invención de América: historia y filosofía de la historia en la obra de Edmundo O’Gorman”, tesis de doctorado en Historia, Los Ángeles, University of California, 1982, p. 44.

que afectaba directamente al futuro “cerebro” de la nación: sus centros escolares.


En esta polémica, el tono de O’Gorman muestra en especial dos aspectos relevantes que reflejan su condición de disputante. Uno de sincero entusiasmo al verse y sentirse apadrinado por dos célebres maestros y miembros de una “generación polémica” que “tiene todo por hacer”. Otro, una lucha en la que se hace mani-fiesta la verticalidad profesional: Zavala ya era profesor de historia y O’Gorman apenas cursaba su maestría.

Es una lucha, por tanto, en la que O’Gorman intenta encontrar su lugar dentro del terreno institucionalizado de la Historia. En otras palabras, O’Gorman desempeña el papel de *enfant terrible* con miras a una justa posición dentro de la jerarquía universitaria. Ciertamente, O’Gorman no era un estudiante cualquiera, puesto que en 1945 ya contaba con una veintena de títulos publicados entre documentos, notas, prólogos, traducciones y ensayos.

Parece ser que, en la “junta” para discutir los problemas filosóficos de la historia, los argumentos de la corriente historicista tuvieron mayor peso. El consenso respecto a esta postura en la década de los cuarenta permitió considerar que las verdades en la historia están condicionadas por las circunstancias históricas de las que surgen y por la “perspectiva” o el punto de vista del historiador que las analiza. Por tanto, lo que se combatió fue la idea de que “el campo histórico” no afecta el acontecer mismo; es decir, se combatió la idea de que lo que pasó no influye en lo que se dice de lo que pasó.⁴⁵

⁴⁵ En 1945, a pocos meses de haber tenido lugar el intento fallido de “debate”, O’Gorman escribió para la revista *Filosofía y Letras* lo siguiente: “Quien lea atentamente las actas y ponencias de esa junta, [...] advertirá que lo esencial de la discusión versó sobre los límites que han de ponerse a un subjetivismo absoluto que, por otra parte, nadie defiende. Advertirá, pues, que hubo un acuerdo en la orientación básica, por eso, porque la postura tradicional no dio la batalla [...] A nadie escapará lo significativa que resulta la ausencia de ponencias y el silencio de los portavoces de aquella postura tradicional que, por otra parte, está tan cargada

Ahora bien, este zarandeo teórico no quedó ahí nada más. Falta-
ba un último golpe al “terrorismo historiográfico” denunciado por
sus impugnadores. Ese impacto adoptó la forma de un libro: *Crisis
y porvenir de la ciencia histórica*, elaborado por O’Gorman. Se trata
de una obra publicada en 1947 y nacida al calor de las reflexiones
del autor sobre la historia; en ella, O’Gorman va en busca de las
“verdades” de la historiografía naturalista con el afán de revelar el
carácter ideológico del discurso histórico científico. Dicho análisis
lo llevó a encontrar los elementos que le permitieron sustentar su
crítica a la tarea político-instrumental de la noción de “método”
que se impuso en México durante la década de los cuarenta.

En términos generales, se puede afirmar que, en esta polémica,
los argumentos de la corriente disputante no encontraron respues-
ta, sino sólo silencio. Puede decirse que teóricamente triunfó; no
obstante, en la práctica, el enfoque cientificista acabó por aterrizar
en los planes y programas de estudio de las universidades. Quizá
la respuesta ante la crítica, en realidad, fue ésa. Es decir, terminar
por crear una forma de vacío, no dar importancia o trivializar el
suceso como una forma de inmunizar ante sus efectos. En este
sentido, tal vez, como apunta Zermeño, lo que estaba en crisis no
era la historia, sino más bien una noción de “crítica”. 

de méritos como de años y que, salvo por su aspecto imperialista y terrorista que
es positivamente perjudicial, seguirá teniendo su razón de ser, sobre todo mientras
exista gente dispuesta a aburrirse y a dejarse aburrir”. *Ibid.*, p. 183.